

LISAURO. ¡Ay, dulce esposa!
 FULGENC. ¡Ay, amor!
 LISAURO. ¿Cómo estáis?
 FULGENC. Como sin ti.
 LISAURO. ¡Pobre y perseguida!
 FULGENC. Sí.
 LISAURO. ¡Sin hacienda!
 FULGENC. Y con honor.
 Calla, mi bien.
 LISAURO. Desespero.
 MARCIO. El dinero es un tercero
 que el bronce más duro ablanda;
 con achaque de la holanda
 la puedes dejar dinero
 y partirte satisfecho
 de que su amor gozarás,
 que hasta recibir no más
 resiste el más firme pecho;
 pues que lo más tienes hecho,
 lo menos traza y ordena.
 Pagad con esta cadena
 y estos doblones ahora
 el lienzo, y después, señora,
 con menos crueldad mi pena.
 (Echa encima del fardo la cadena y un bolsillo, y vanse los dos.)

ESCENA VIII

DICHOS, MENOS LELIO Y MARCIO.

LISAURO. (Toma el dinero y cadena en la mano y dice.)
 ¡Oh, mal haya el inventor
 que del centro de la tierra
 sacó para hacernos guerra
 tu peligroso valor!
 Pestilencia del honor,
 por ver lo que al mundo dañas
 te echó á cuestras mil montañas
 naturaleza propicia;
 pero la infernal codicia
 te sacó de sus entrañas.
 Como abortivo has nacido
 abriendo el vientre en que naces,
 que eres mal nacido y haces
 las obras de mal nacido.
 El color tienes perdido,
 que es propiedad del traidor
 andar siempre con temor,
 por eso de ti sospecho
 que por los males que has hecho
 naces perdido el color.
 Si eres fuego que á abrasar
 vienes mi fama y sosiego,
 para matar tanto fuego
 necesario es todo un mar,
 en él te quiero arrojar;
 (Arrójalo todo al vestuario.)
 sus aguas quema y abrasa,
 que si la pobreza escasa
 te da hospedaje y consiente,
 tú eres tal, que brevemente
 te alzarás con honra y casa.
 ¡Esposa del alma mía!
 ¡Efigencia de mis ojos!
 FULGENC. ¡Dulce paz de mis enojos!
 FULGENC. ¡Centro de nuestra alegría!

LISAURO. Lelio combate y porfia,
 poco importa ser Lucrecia,
 si al fin Tarquino se precia
 de que fué su violador.
 FULGENC. Pues ¿qué remedio?
 LISAURO. El mejor
 es sacarte de Venecia.
 FULGENC. Esto ¿cómo será así,
 si á mi casa ha puesto guarda
 la señoría, que aguarda
 prenderte, mi bien, por mí?
 No te detengas aquí,
 ni ofenda tu pensamiento
 más mi casto y noble intento,
 que dando á mi honor quilates
 seré contra sus combates
 roca al mar y torre al viento.
 ¿Dónde piensas ampararte
 de diez mil contrarios mudos,
 digo, de diez mil escudos,
 mi bien, que van á buscarte?
 ¿Tendrá el mundo alguna parte
 donde puedas esconderte
 del oro que va á prenderte?
 LISAURO. Sí, Fulgencia; mi sagrado
 es la lealtad de Candado,
 asilo contra la muerte;
 á pesar del interés,
 su casa me da favor.
 CANDADO. Disfrazado de pastor
 por verte, vengo cual ves,
 hecho un asno portugués.
 FULGENC. Ejemplo de lealtad
 serás.
 CANDADO. Prólogos dejad
 y vámonos, que es cruel
 el peso de este fardel.
 LISAURO. Este diamante tomad,
 Fulgencia, porque en la fe
 de vuestra lealtad se engaste,
 que no habrá quien os contraste
 si le imitáis; dueño fué
 suyo un Duque en quien se ve
 la magnificencia rara
 de su sangre ilustre y clara,
 y yo espero, esposa, en Dios,
 que tendrá el valor en vos
 que en el Duque de Ferrara.
 FULGENC. Qué ¿os vais, señor de mi vida?
 LISAURO. Á veros vendrá Candado
 cada día.
 FULGENC. Con cuidado
 quedo, hasta saber que estáis
 libre del riesgo en que vais.
 LISAURO. Mayor el vuestro me ha dado.
 ¿Dejaréisme?
 FULGENC. Es imposible.
 LISAURO. ¿Si os persiguen?
 FULGENC. Resistir.
 LISAURO. ¿Hasta cuándo?
 FULGENC. Hasta morir.
 LISAURO. ¡Gran fortaleza!
 FULGENC. Invencible.
 LISAURO. ¡Que os dejol
 FULGENC. ¡Pena terrible!
 LISAURO. ¡Que os quedáis!
 FULGENC. Quedáis en mí.

LISAURO. ¿Sois mi esposa?
 FULGENC. Mi bien, sí.
 LISAURO. ¿A quién amáis?
 FULGENC. Sólo á vos.
 LISAURO. ¡Ay mi bien, adiós!
 FULGENC. Adiós.
 CANDADO. ¡Compren lienzo, caniquil! (Vanse.)

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen LISAURO de labrador y CANDADO.

LISAURO. No pongo en cosa, Candado,
 mi gusto que me le dé;
 contra mí se ha conjurado
 todo el mundo, ¿adónde iré
 para no ser desdichado?
 Que la amistad ponga trato
 con el interés, ya ha sido
 ley del mundo sin recato;
 no me espanta del olvido
 del amigo que es ingrato.
 Pero que también persigan
 las cosas inanimadas,
 á un desdichado, y que sigan
 leyes en vicio fundadas,
 que á la ingratitud obligan,
 esto me asombra y me espanta;
 hasta la tierra que piso
 parece que se levanta
 contra mí. Cuanto diviso,
 aire, fruto, piedra, planta,
 parece que se conjura
 y con semblante inclemente
 huye de mi desventura.
 Para mí llora la fuente
 cuando reirse procura.
 Ya en tu casa me aborrecen
 tus hijos y tu mujer;
 mis desdichas lo merecen.
 CANDADO. ¿Pues qué hicieran á saber
 quién eres y lo que ofrecen
 los que tu ventura estasa
 persiguen?
 LISAURO. Tu esposa dice
 que desde que entré en tu casa
 cuanto tiene es infelice:
 los trigos el cierzo abrasa,
 cómese el lobo al ganado,
 y, en fin, viñas, prados, gente,
 todo por mí ha desmembrado.
 CANDADO. Parécense extrañamente
 la tiña y el desdichado.
 Como es la mala fortuna
 tiña y peste, donde llega
 no deja cosa ninguna,
 sarna que luego se pega
 su contagión importuna.
 Pero si en tiempo apestado
 se conoce la lealtad
 del amigo y del criado
 y es peste tu enfermedad,

no te ha de dejar Candado,
 por más que el tiempo cruel
 apartarme de ti crea,
 pues cuando por ti y por él,
 rico y dichoso no sea,
 á lo menos seré fiel.
 Candado soy y cerrado
 para guardarte, y aunque eres
 infeliz y desdichado,
 mientras que tú no la abrieres,
 mi lealtad va con candado.
 Mira del modo que intentas
 favorecer á tu esposa,
 porque con nuevas tormentas
 la riqueza poderosa
 maquina trazas violentas.
 Lelio, que por bien no alcanza
 la posesión de su amor,
 abre puerta á la venganza,
 y en los brazos del rigor
 alimenta su esperanza.
 Porque no pueda salir
 de Venecia, hace guardar
 su casa, sin permitir
 ir la nadie á visitar.
 LISAURO. Menos mal fuera morir.
 Pues ¿qué come, si es que tiene
 ya mi esposa que comer?
 Todo contrario me viene;
 ¿luego no podrá vender
 el diamante?
 CANDADO. Ni conviene,
 que quien le quitó la hacienda
 mejor quitará el diamante.
 LISAURO. ¡Ay cara y hermosa prenda!
 Muera tu esposo delante
 de tus ojos y no ofenda
 mi desdicha de esa suerte
 tu constancia no rendida;
 yo voy á morir y á verte,
 que por remediar tu vida
 quiero que me den la muerte.
 CANDADO. ¿Estás sin seso, señor?
 LISAURO. Morir quiero.
 CANDADO. Desear
 la muerte más es temor
 y flaqueza que alcanzar
 nombre digno de valor.
 LISAURO. ¿No podré ver á Fulgencia
 otra vez dando disfraz
 que me lleve á su presencia?
 CANDADO. Nunca el capitán sagaz
 tiente, si tiene prudencia,
 la fortuna poco fuerte
 dos veces, porque si funda
 en la primera su suerte,
 suele estar en la segunda
 la celada de su muerte.
 Yo iré á Venecia cual suelo,
 que soy menos conocido
 y me es más piadoso el cielo.
 Del carbón que hemos cocido
 haré cargas, venderélo,
 y dándole el precio dél
 á Fulgencia, que conmigo
 no será Lelio cruel,
 ni creará que á un su enemigo

cubre mi tosco buriel.
 Dándome entrada segura
 remediaré su pobreza,
 daré alivio á su hermosura,
 y alentaré su firmeza
 mientras tu destino dura.
 Esto quiero, y es razón
 que aqueste gusto me des.

LISAURO. ¡Ay leal Efestión!
 ni te vence el interés
 ni te obliga la opinión
 de la fingida amistad;
 quisiera Alejandro ser
 para pagar tu lealtad.

CANDADO. El carbón voy á poner;
 hoy entrará en la ciudad,
 sufre tu infeliz estado;
 que aquél, si fuere animoso
 estará, aunque despreciado,
 más cerca de ser dichoso
 que fuese más desdichado. (Vase.)

ESCENA II

LISAURO solo.

Correspondencias y tratos
 en Italia tenía yo,
 con mercaderes que, ingratos,
 la necesidad buscó
 sus partidas y contratos.
 Pues si es verdad lo que digo,
 los amigos, ¿dónde están,
 que siempre andaban conmigo?
 Mas las hormigas no van
 á las eras si no hay trigo.
 El que ve la golondrina
 en el verano labrar
 casa firme, ¿no imagina
 cuán de asiento quiere estar
 por su huésped y vecina?
 ¿No parece el nido eterno
 que ha fortalecido tanto?
 ¿No le alegra el canto tierno?
 Pues nido, hospedaje y canto
 todo lo deja al invierno.
 ¿Qué me quejo, pues, en vano
 si mi invierno va conmigo?
 Faltó el sol y faltó el grano;
 si es golondrina el amigo,
 él volverá en el verano.

ESCENA III

Sale VERINO y DIODORO.—DICHOS.

VERINO. El Duque de nuevo ha echado
 de Ferrara á los bandidos
 que Venecia ha desterrado;
 y así somos compelidos
 á sacar de aqueste Estado
 á nuestro padre Honorato,
 cuya vejez afligida
 remediar, Diodoro, trato.

DIODORO. ¿Cómo, si contra su vida
 se conjura el cielo ingrato?

VERINO. Rico en Ferrara vivía

con el crédito y hacienda
 que por Lisauro tenía,
 cuya nobleza no ofenda
 jamás la fortuna impía.
 Pero hala vuelto á perder
 como el crédito ha faltado
 de Lisauro, y no ha de haber
 otro Lisauro estimado
 que le vuelva á socorrer.
 También él anda por todo
 desterrado y afligido,
 y, aunque donde habita ignoro,
 por su vida ha prometido
 diez mil escudos de oro
 el veneciano Senado,
 volviendo á la patria y tierra
 á cualquiera desterrado
 que le lleve.

LISAURO. Tanta guerra,
 cielos, ¡contra un desdichado!
 Pero ¿qué es esto? ¿No veo
 á Diodoro y á Verino?
 O me engaña mi deseo
 ó en ellos el favor vino
 que en otros hallar no creo.
 A su padre di la vida
 con la hacienda y libertad
 que ahora lloro perdida.
 ¿Es mucho de esta amistad
 que los réditos les pida?
 Quiero llegar.

DIODORO. Avisado
 está mi padre que aquí
 venga á hablarnos.

LISAURO. Ea, cuidado,
 ¿qué teméis? ¿Llegaré? Sí...
 Mas no, que soy desdichado.
 Y aunque Verino y Diodoro
 de mi amistad son testigos,
 lo que en ellos tengo ignoro,
 que más querrán por amigos
 diez mil ducados de oro.

DIODORO. ¿Eres Lisauro?

LISAURO. Solía;
 ya soy pelota del tiempo
 que hasta el cielo subía
 sirviendo de pasatiempo
 á la fortuna algún día.
 Ya me ha abatido de traza
 que, despedazada y rota,
 según lo que me amenaza;
 si del tiempo fui pelota,
 ya soy de la muerte chaza.
 De cuantos amigos tengo,
 ó por mejor decir, tuve,
 sólo á descubrirme vengo
 á los dos; dudoso estuve;
 mas ya mi dicha prevengo
 en vosotros, que el valor
 que os ilustra y ennoblece
 y el ofrecido favor
 á vuestro padre, merece
 que satisfagáis mi amor.

VERINO. La mayor satisfacción,
 Lisauro, es la natural;
 á esto inclina la razón
 y la deuda filial,

que es precisa obligación.
 Mi padre está desterrado;
 á quien te lleve á Venecia
 vivo, el destierro han alzado;
 en tanto, Lisauro, precia
 darte la muerte el Senado.

(Cógente por detrás y ántale á un árbol.)

DIODORO. Perdona, que á la amistad
 siempre el amor se antepone
 del padre.

LISAURO. ¡Ah infames! soltad,
 si no queréis que pregone
 la fama vuestra crueldad.
 Siquiera por descubrirme
 á los dos y por fiarme
 de vuestra lealtad no firme
 habiades de guardarme,
 no prenderme y perseguirme.

VERINO. Somos hijos; el amor
 puede más que la amistad;
 mi padre pide favor.

LISAURO. ¿Y esto es darme libertad?
 Infamia diréis mejor,
 y si á la experiencia llevo
 de ver pagar mal por bien,
 desde hoy diga el vulgo ciego:
 «Haz mal sin mirar á quien,
 haz bien y guárdate luego.»

ESCENA IV

Sale HONORATO.—DICHOS.

HONOR. Aquí mis hijos dijeron
 que me esperaban.

LISAURO. Atad
 manos que tan sueltas fueron
 que su hacienda y libertad
 á vuestro padre ofrecieron.

HONOR. Hijos, ¿qué es esto?

DIODORO. Señor:
 ya el cielo ocasión ha dado
 con que, por nuestro favor,
 á Venecia restaurado
 goces tu hacienda y valor.
 El Senado ha prometido
 libertad al que entregare
 á Lisauro foragido
 y vivo allá le llevare.
 Hánosle el cielo ofrecido
 aquí, y aunque formes quejas
 de que le pagamos mal,
 deudas y amistades viejas,
 la obligación natural
 nos cierra al fin las orejas.

HONOR. A poder desengendraros,
 ¡infames! por honra mía,
 el ser volviera á quitaros
 que os di. ¡Maldito sea el día
 que hijos pude llamaros!
 ¿La vida que tengo yo
 y la vuestra no es toda una?
 ¿Pluguiera al cielo que no,
 á pesar de la fortuna.
 ¿Lisauro no me la dió?
 Pues ¿será paga debida,
 desconocidos, villanos,

que vida que dió la vida
 á un padre y á dos hermanos
 hoy por ellos sea vendida?
 ¿La vida ponéis en venta
 de Lisauro? ¿La lealtad
 del mundo que honralle intenta?
 ¿Esto es darme libertad
 ó es darme perpetua afrenta?
 ¿Con qué cara podré yo
 á mi patria restaurado
 ir? Este es quien vendió
 ingratamente al Senado
 al que la vida le dió.
 ¿Ya tenéis las lenguas mudas?
 Pero sí, que en tales tratos
 os convencerán mis dudas;
 símbolos de los ingratos,
 con vosotros ya hay tres Judas.
 ¿Quién pudiera con dos lazos
 daros la muerte como á él?
 Desate mi amor los brazos,
 Lisauro, de este cordel
 para que me den abrazos.

(Desátale y dale una espada.)

Y para que aquesta espada
 cobre venganza debida,
 su muerte es bien empleada:
 no son mis hijos, la vida
 les quitad ya deshonrada.

LISAURO. A tal nobleza y valor
 no hay satisfacción ni precio;
 con los brazos es mejor
 pagaros; el celo necio
 de vuestros hijos fué amor.
 Y aunque no hay obligación
 natural por quien la cuadre
 á hacer al hijo traición,
 hijos de tan noble padre
 merecen por él perdón.
 Yo os le doy, escarmentado
 en mí mismo; y porque siente
 pena y vergüenza el culpado
 siempre que tiene presente
 á persona que ha injuriado,
 quiero con vuestra licencia
 partirme.

HONOR. Cifróse en vos
 la lealtad y la prudencia.

LISAURO. Amigos, adiós.

HONOR. Adiós.

LISAURO. ¡Ay mi querida Fulgencia! (Vase.)

ESCENA V

DICHOS, menos LISAURO.

HONOR. Quitaos delante de mí
 afrenta de la virtud,
 y de la sangre que os di,
 centro de la ingratitud,
 y no os llaméis desde aquí
 mis hijos, que no merece
 tal nombre vuestra traición.

VERINO. Cordura el callar parece
 que convence la razón.

DIODORO. Y la traición enmudece. (Vanse.)

ESCENA VI

Salen LELIO y MARCIO.

LELIO.

He publicado que Lisauro es muerto y por Venecia corre aquesta fama, tanto que no hay persona que por cierto no la publique.

MARCIO.

¡Pobre de quien ama!

LELIO.

Antes espero así salir al puerto de mi esperanza y obligar mi dama á que, muerto su esposo y mi enemigo, su mal remedie por casar conmigo. Fingiré desposarme en secreto, que en público, recién muerto su esposo, querrá guardalle el luto y el respeto á las lenguas del vulgo licencioso; y si una vez mi amor pongo en efecto y aplaco aqueste fuego riguroso que entre esperanzas leves, entretengo gozo á Fulgencia y á mi hermano vengo.

MARCIO.

La traza es extremada, aunque indecente á tu valor.

LELIO.

¿Decencias, Marcio, pides?

¿No sabes que es amor guerra inclemente y que en guerra son lícitos ardidés? No repares en ese inconveniente si con la vara del peligro mides el que corre mi vida en verdes años, si á Fulgencia no gozan mis engaños. Aquí sus ojos vierten el tesoro de las Indias del Sur de su hermosura por su fingido muerto; aquí la adoro, y aquí mi amor su libertad procura.

MARCIO.

Quien llora perlas, si con lienzos de oro enjuga el llanto, juzgará aventura por quien el oro la ofreció el verterlas, porque son muy parientes oro y perlas. Pero á Efigencia, que á su madre imita en la virtud, belleza y en el llanto, sale al encuentro.

ESCENA VII

Sale EFIGENCIA.—DICHOS.

EFIGENCIA.

Amor: ¿cómo no os quita el poder que tenéis tormento tanto? ¿Al que mató á mi padre y solicita á mi madre adoráis? ¡Parece encanto! Un padre muerto lloran mis desvelos; Lelio me causa amor, mi madre celos. Pero presente tengo á mi enemigo, si así llamar á quien adoro puedo. Amor enredador, sed vos conmigo, que me importa la vida cierto enredo.

LELIO.

Bella Efigencia, si por vos no obligo á vuestra madre, sin remedio quedo. Vuestro padre murió; Fulgencia hermosa os puede remediar siendo mi esposa.

EFIGENCIA.

Debéisme, Lelio, tanto, que he antepuesto á mi difunto padre vuestro gusto; mi madre por mi causa...

LELIO.

Decid presto.

EFIGENCIA.

En medio de sus penas y disgusto admite vuestro amor casto y honesto.

LELIO.

¡Oh nueva venturosa, oh premio justo de Jacob por Raquel perseverante! ¡Oh venturoso fin de un firme amante!

EFIGENCIA.

En respuesta del vuestro, Lelio, envía este papel, no de su propia mano, que no quiere dar muestras en un día tan grandes, que su amor llaméis tirano; pero bastan que vengan de la mía.

LELIO.

¡Qué tal escucho, cielo soberano!

MARCIO.

¿No te lo dije yo? ¿Ves como el oro enjuga perlas?

LELIO.

De contento lloro.

EFIGENCIA.

Este diamante solo que ha quedado perseverante entre la mucha hacienda que nos hizo quitar Dux y Senado, sin que su amor permita que se venda, también os le presenta

LELIO.

Ya he llegado al colmo de mi dicha; ¡oh rica prenda! no por la clara luz que en ti el sol cría, sino por el valor de quien te envía la boca pongo en ti una y mil veces.

EFIGENCIA.

Fué la joya primera que mi padre la dió, y en fe que suceder mercedes en su amor y lugar, la da mi madre.

LELIO.

Esta cadena toma, pues me ofreces tal dicha, tanto bien; y porque os cuadre mi gozo á todos; escuchad ahora lo que escribe Fulgencia mi señora.

(Lee.) «A tanta perseverancia vuestra y desdicha mía no me puedo persuadir sino que el cielo está de vuestra parte y quiere que, muerto mi señor y esposo, sucedáis en su lugar y amor. Temeridad será el resistirle; mas sólo os suplico deis lugar á que el sentimiento y luto cumpla con la obligación que le tengo y con las lenguas del vulgo, que bien podéis entretene-

por deseos con esperanzas tan ciertas como la firmeza de este diamante, única prenda y bien estimada de mi primer esposo y ahora del que ha de serlo segundo. No escribo de mi mano, porque hasta dároslo tiembla de vergüenza. Guardaos el cielo y hágaos más dichoso que vuestro antecesor. Vuestra,

Fulgencia.»

¡Oh letras venturosas, breve suma de la vitoria que mi dicha pinta! ¡Bendiga el cielo al que inventó la pluma, el que el papel halló, letras y tinta; jamás el tiempo viciador consume su nombre ilustre, sino que en sucinta y breve historia en bronce esculpa y grabe su nombre ilustre y su memoria alabel!

MARCIO.

A tu dama celebra y deja ahora las letras, el papel y su alabanza.

LELIO.

¿Que Fulgencia, Efigencia, es mi señora? ¿Que el premio ofrece ser de mi esperanza? A no temer el alma que la adora los daños y el rigor de una tardanza, perdiera el seso quien su amor contempla.

EFIGENCIA.

Por eso el gusto con pesares templa; pero no tanto, Lelio, que te impida el hablalla esta noche; si la ruegas que de la luna el resplandor despida, y, pues amor es ciego, venga á ciegas, yo haré que á una ventana prevenida puedas hablalla, si á las doce llegas con la traza que pide el que es discreto.

LELIO.

Solicito vendré, solo y secreto.

EFIGENCIA.

Pues vete ahora, y quita inconvenientes de quien aquí te viere tan contento.

LELIO.

Bien dices; tus consejos son prudentes, grande es mi obligación, un casamiento ilustre te prometo. Adiós. (Vase.)

ESCENA VIII

EFIGENCIA, sola.

No intentes darme otro esposo sino el que yo intento, que es á ti mismo. Amor ciego y desnudo, á enredos ciegos das un ciego nudo. Adoro á Lelio, y finjo que mi madre por esposo le admite, cuando llora más que Aganipe por mi muerto padre, y más que por Memón la fresca Aurora. En su nombre escribí, que aunque me cuadre fama y nombre, desde hoy, de enredadora, ya sabemos que amor no tiene hazañas, sino solos enredos y marañas. El diamante la hurté, que, en fin, no es nuevo ser ladrón el amor; si á ser mi esposo le obligo, aquesta noche el premio llevo que merece un ingenio cauteloso.

Quiérole mucho; á mucho, amor, me atrevo; grande es mi ingenio, pero provechoso; pues si es mi dueño Lelio, de Lisauro guardo el honor y su valor restauro. (Vase.)

ESCENA IX

Salen JULIO y DECIO y CANDADO asido.

JULIO. De Lisauro sois criado y cómplice en su delito.
CANDADO. Lo primero yo lo admito, lo segundo os ha engañado; porque yo ni á nadie he muerto ni hice tal bellaquería.
DECIO. ¿No huisteis con él el día que dió muerte á Filiberto?
CANDADO. ¡Válanos Dios! Yo no huí, sino viendo que quedaba sin amo y que él se escapaba, á mi aldea me volví, y ahora traigo carbón que vender.

JULIO. Venga al Senado, que eso es mentira.

CANDADO. (Aparte) Candado: ya estás en la tentación.

JULIO. El Dux lo manda; ea, andemos.

ESCENA X

Salen LELIO y MARCIO.—DICHOS.

LELIO. Marcio: no ama quien es cuerdo; de contento el seso pierdo.

MARCIO. El amor todo es extremos.

LELIO. ¿Qué es esto?

CANDADO. Señor: yo soy, ó fuí, si á decirlo acierto, criado antaño del muerto Lisauro; hele visto yo finar, y vengo á cobrar lo que el Dux ha prometido á quien hubiere sabido su muerte. Entré en el lugar y, apenas en él me vi, cuando aquestos dos alanos me echaron ambas las manos; hacen presa y pinta en mí.

LELIO. ¿Morir á Lisauro has visto?

CANDADO. Sí, señor, por estos ojos que tien de comer gorgojos; ya habrá cenado con Cristo.

LELIO. Marcio: ¿hay ventura mayor? ¿Que la muerte que he fingido verdadera haya salido?

MARCIO. Está de tu parte amor; no me espanto.

LELIO. En mi servicio quiero que estés desde hoy; dueño de Fulgencia soy y ser tu dueño codicio. Que si á Lisauro sucedo y es mi esposa su mujer, desde hoy le he de parecer en todo.

CANDADO. Con vos me quedo. Mas ¿qué decís de Fulgencia?

LELIO. Que es mi esposa y mi bien ya.
 CANDAD. ¿La viuda?
 MARCIO. Claro está.
 CANDAD. ¿Pues no es cargo de conciencia que tan presto olvide el luto?
 LELIO. Esta noche he de ir á vella.
 CANDAD. ¿A su casa?
 LELIO. Sí.
 CANDAD. ¿Y con ella?...
 LELIO. Con ella, pues.
 CANDAD. ¡Oste putol!
 LELIO. Vamos, y en llegando á casa de noche, me vestiré.
 CANDAD. (Aparte.) Yo y todo me escurriré y le diré lo que pasa á mi amo.
 LELIO. ¿Qué he de ser tu esposo, Fulgencia amada? ¡Gran dicha!
 CANDAD. ¡Viuda y casada en un día!, ¡oh, roin mujer. (Vanse.)

ESCENA XI

Sale LISAURO y tras él LABRADORES.

LABR. 1.º Echadle con el pecado.
 LABR. 2.º Después que está en el lugar todos hemos desmedrado, hasta venirse á quemar la casa que le ha hospedado.
 LABR. 3.º ¡Válgate la maldición, por hombre ó por desventural
 LABR. 4.º La desdicha es contagión.
 LABR. 1.º Por verdad mos dijo el cura el otro día en el sermón, que se ahogaban en el mar todos los que iban con él.
 LABR. 2.º En él lo habíamos de echar.
 LISAURO. Ea, fortuna cruel, acábate de vengar.
 Echadme, no tengáis pena, que el mar me recibirá, pues la tierra me condena; mas para mí aun no tendrá todo el mar una ballena.
 LABR. 3.º Yo os juro á Dios, si os volvéis al pueblo, que os he de ahorcar.
 LABR. 4.º ¿Qué diabros con vos traéis?
 LABR. 1.º Dejadle.
 LABR. 3.º Volveos á entrar, que vos mos la pagaréis. (Vanse.)

ESCENA XII

LISAURO solo.

Ea, Fortuna convoca toda la furia y violencia que contra mí se provoca, porque para mi paciencia toda tu potencia es poca. ¡Ah, Candado, por leal mi desdicha has heredado! Si la sombra del nogal significa al desdichado que á cuanto alcanza el mal,

nogal, mi suerte me nombra, por fuerza te ha de alcanzar la desdicha que me asombra, pues te quisiste arrimar á tan desdichada sombra.

ESCENA XIII

Sale CANDADO.—DICHOS.

CANDADO. No le quisiera traer las nuevas á mi señor que le traigo, que han de ser muerte suya y de su honor; mas si las ha de saber por otro, sepa por mí el mal que por su honra pasa.

LISAURO. ¿Candado?

CANDADO. Ya enmudecí.

LISAURO. Ya el cielo quemó tu casa porque yo en ella viví. De tu lugar me han echado, ¡tanto mi desdicha pudo! tú solo firme has quedado; habla; ¿de qué estás mudo?

CANDADO. Candado está con candado.

LISAURO. ¿Cómo queda mi Fulgencia?
 ¿Cómo mi Efigencia está?
 ¿Consolólas tu presencia?
 ¿Callas? No por bien será. No pruebes más mi paciencia.
 ¿Venció el interés cruel á la pobreza inconstante?

CANDADO. No hay resistencia con él: ¿conoces este diamante?

LISAURO. Sí.

CANDADO. Pues mira este papel.

(Lisauero lee para sí.)

Tu enemigo ha publicado por Venecia que eres muerto; creyólo el Dux y Senado, lloró Fulgencia, por cierto lo que tenía deseado. Llegó Lelio la mañana de la nueva, ofreció ser su esposo, y es cosa llana que esto de boda en mujer es tentación de manzana. Porque el mismo día y punto que oyó casamiento, dió á la parroquia el difunto, el luto en verde aforró, triunfó Roma de Sagunto, y Efigencia, que también la tentación de marido le hace andar á ten con ten, de secretaria ha servido, y como tus ojos ven, este papel escribió por su madre, á quien ofrece á Lelio, y con él le dió el diamante que merece no serlo, pues se mudó tan presto. Llegó Candado con las cargas de carbón; conócióme en el mercado un alguacil socarrón,

ESCENA XVI

Salen LELIO y MARCIO, como de noche.—DICHA.

MARCIO. Mira que está en la ventana tu dama.
 LELIO. ¡Oh, piadosos cielos! ¡Sol de noche, luz á oscuras, gran milagro! Marcio, llego.

ESCENA XVII

Sale LISAURO desnudo y mojado.—DICHOS.

LISAURO. En las alas de las olas del mar, para todos fiero, sólo para mí piadoso, si es piedad no haberme muerto, llegué volando, señal que á ver mi deshonra llego; porque el bien siempre es pesado, como los males ligeros. Esta es mi casa, ¡ay de mil dos hombres hablando veo á mi adúltera ventana; arrimad escalas, cuos, que aun una espada no traigo; pero ¿para qué la quiero, pues no hace el acero falta cuando el honor tiene aceros?

LELIO. ¿Ah del oriente dichoso donde el sol que reverencio, á pesar de mis desdichas, da luz á mis pensamientos?

EFIGENC. ¿Ah del amor más constante que vió en sus siglos el tiempo poderoso á conquistar mi ya agradecido pecho? Fulgencia soy; si llorosa por Lisauero, ya con Lelio tan ufana, que no iguala mi pesar á mi contento.

LISAURO. ¿Que lo escucho y no doy voces? ¡Jesús! Fulgencia, ¿tan presto mudable? Lloro la aurora perlas que enjuga el sol luego.

LELIO. Mi bien, si soy yo vuestro esposo, ya es la dilación tormento del alma donde vivís, como salamandria al fuego. No permitáis que padezca en el riguroso infierno del temor quien de la gloria goza que en amaros tengo.

EFIGENC. Lelio, ya yo no soy mía, y así, ni quiero ni puedo negar el alma que os guardo cuando la pide su dueño. ¿Daisme palabras de ser mi esposo?

LELIO. Por todo el cielo, por el valor de mi sangre y por la ley que profeso, juro de hacer os señora del mayorazgo que heredo y del alma en que vivís.

EFIGENC. Pues en ese juramento fiada, aguardad, señor,

quiso llevarme al Senado. Dije que muerto te había y que por el justo precio del homicidio venía; creyólo el amante necio, llevóme en su compañía, y yo, hurtándole el diamante que te di con el papel, he venido de portante á que conozcas por él lo que refiere importante. Concluyo con que á Fulgencia esta noche ha de ir á hablar el que te hace competencia, y tu honra se ha de quedar á la luna de Valencia.

LISAURO.

Calla, no digas más, la boca cierra, tan elocuente á pronunciar mi muerte. Ya dió con toda la fortuna en tierra, la honra derribó mi triste suerte, ¿Mi Efigencia y mi esposa me hacen guerra; la firme, la mujer constante y fuerte, tan presto se mudó que me ha olvidado? Mas todo le persigue á un desdichado. Afuera, ropas, que en venir conmigo se os pegará la peste que me abrasa; afuera, seso, no me seas testigo del mal que por mi fama y honra pasa. Aquesta noche asalta mi enemigo mi honor por las paredes de mi casa, defenderle ó morir, que si es honrado, no seré en eso solo desdichado. (Vase.)

ESCENA XIV

CANDADO solo.

Al mar se echó, que para tanto fuego el agua, con ser tanta, aún no es bastante; las olas corta, si á ayudalle llego, desde una nave le será importante. Góndolas hay aquí, desasosiego de celos confirmados, ya á un amante dais tormento, ¿qué haréis al que es casado? Leal tengo de ser, si él desdichado. (Vase.)

ESCENA XV

Sale EFIGENCIA á la ventana.

EFIGENC. Noche hermosa, en cuyos brazos duerme seguro el sosiego, y para no despertalle escolta le hace el silencio. Así jamás rayos rojos ofusquen tus ojos negros ni el sol en brazos del alba te salga á inquietar tan presto, que favorezcas mi amor y des ayuda á mi enredo para que, en vez de Fulgencia, goce Efigencia de Lelio.

que daros posesión quiero
del alma, donde Lisauro
invencible vivió un tiempo. (Vase.)

ESCENA XVIII

DICHOS, menos EFIGENCIA.

LELIO. Marcio, mira si soy yo
quien esto escucha; si es cierto;
si es Fulgencia la que baja;
si vivo, si estoy despierto.
MARCIO. No me espanto que lo dudes,
que lo veo y no lo creo;
pero en mujer sola y pobre
¿qué no podrá tu dinero?

ESCENA XIX

Sale EFIGENCIA con manto.—DICHOS.

EFIGENC. ¡Venciste, Lelio querido!
LELIO. ¡Oh, venturosos tormentos
padecidos por Fulgencia
pues tan dulce fin tuvieron!
(Llega Lisauro y detiene á Lelio.)
LISAURO. No tanto que vuestra muerte,
traidores, no venga en ellos;
Lisauro soy, inconstante;
Lisauro soy, vivo vengo.
LELIO. Marcio: llévala en los brazos
á la góndola. (Llévala.)
LISAURO. Primero
vengaré con vuestra muerte
mi injuria y deshonor.
EFIGENC. ¡Ay, cielos!
LELIO. Aunque pudiera matarte
ó mandar llevarte preso
donde la muerte pagaras
de mi hermano Filiberto,
no hay venganza que se iguale
á la que hoy hacer pretendo,
no en tu vida, en tu honra sí,
para blasón y trofeo
de mi venganza, pues goza,
vivo tú, á Fulgencia, Lelio.
LISAURO. Espera, no huyas cobarde;
dame la muerte primero,
pues por no tener espada
ir con la vida te dejo. (Vase.)

ESCENA XX

Sale FULGENCIA por otra puerta.

FULGENC. De aquesta voz lastimada
temerosa y triste vengo,
de mi Lisauro parece;
muerto está; pero, aunque muerto,
su espíritu diera alivio
á mi eterno desconsuelo.
¡Ay, Lisauro de mis ojos!
¿cuándo permitirá el cielo
que se acompañen las almas
pues ya no pueden los cuerpos?

ESCENA XXI

Sale LISAURO por la puerta en frente de FULGENCIA.
—DICHA.

LISAURO. No ha de quedar cosa en pie,
desde los infames techos,
que no abrase mi venganza.
FULGENC. ¡Ay, Jesús! ¿Qué es lo que veo?
LISAURO. (Sin verla.)
¡Ay, Fulgencia, pluma fácil!
El interés dió en el suelo
con tu firmeza.
FULGENC. ¡Lisauro!
¡gloria de mis pensamientos!
LISAURO. ¡Jesús! ¿quién eres, mujer?
FULGENC. ¿Quién soy, dices? ¿No era espejo
yo de tus ojos, Lisauro?
Fulgencia soy.
LISAURO. No lo creo;
no puede haber dos Fulgencias.
FULGENC. Bien dices, sola merezco
fama eterna, sola soy
en el amor que te tengo.
LISAURO. ¿Lelio no te llevó ahora?
FULGENC. No ha podido llevar Lelio
de tu esposa una palabra,
un mínimo pensamiento.
LISAURO. ¿Qué es esto, desdichas mías?
¿Mis ojos mismos no vieron
á Lelio llevar mi esposa?
FULGENC. Tu esposa no, que mintieron;
pero escucha, pues que vives
para mi bien, que sospecho
lo que ha podido engañarte:
Efigencia ha mucho tiempo
que ama á Lelio, y pudo ser
que, ser tu esposa fingiendo,
le engañase de ese modo.
LISAURO. ¿Ah, Efigencia? (Llámala.)
FULGENC. Aquesto es cierto,
mi bien, pues que no responde.
LISAURO. Palabra de casamiento
la dió Lelio; pero ¿quién
cree palabras si son viento?
El intenta mi deshonor:
Fulgencia amada, ¿qué espero?
Al Dux voy á presentarme
que, aunque está agraviado, escuerdo,
todo el Senado me busca,
vénguese en mí, porque muerto
muera conmigo mi agravio.
FULGENC. Dulce esposo, amado dueño
oye, escucha: ¿así me dejas?
LISAURO. Muriendo, Fulgencia, intento
dar en Venecia principio
á un honroso atrevimiento. (Vase.)
FULGENC. Y yo de nuevo á mi llanto;
cuando te cobro te pierdo.
Dueño desdichado mío,
tras ti voy; perdone el miedo,
el recato y la vergüenza
que encerrada me tuvieron;
que no hay paciencia que baste
al tropel de mis tormentos. (Vase.)

ESCENA XXII

Salen el Dux, viejo, y el DUQUE DE FERRARA; tocan
cajas y salen SOLDADOS, y el de FERRARA con
bastón.

DUX. La victoria, Duque ilustre,
que de los contrarios nuestros
por vos hemos alcanzado
era cierta, conociendo
el valor del capitán
y los hazañosos hechos
de los Duques de Ferrara.
DUQUE. A vuestra excelencia beso
las manos por tal favor.
DUX. Por vuestro valor espero
que Venecia ha de cobrar
cuanto usurpa el turco fiero.
Levántaos la fama estatuas,
y con armas y trofeos
publique la Señoría
las hazañas que os debemos.
Pedid al Senado, Duque,
lo que quisiéredes, cierto
de que se os concederá
cualquiera difícil premio.

ESCENA XXIII

Sale LISAURO.—DICHOS.

LISAURO. Excelentísimo Dux,
Senado ilustre y supremo,
por quien conserva la patria
la libertad de su imperio.
La defensa del honor,
caudal que estima el que es cuerdo
más que la vida, que al fin
se acaba y él queda eterno,
hizo que Lisauro diese,
después de diversos medios
que despreció la ambición,
justa muerte á Filiberto.
Huyó; buscó el Senado
á pregones prometiendo
diez mil escudos por él,
alzando cualquier destierro;
confiscó la justicia
sus bienes, no permitiendo
salir su esposa de aquí
riguroso mandamiento.
Quedó pobre, pero honrada,
sin que bastase el dinero
de Lelio, que sucedió
á su hermano en pensamientos,
á derribar su firmeza,
por más engaños y enredos
que el poder pudo inventar,
milagro para estos tiempos.
Publicó Lelio mi muerte
dando fe de casamiento
á Fulgencia si alcanzaba
la ejecución sus deseos.
Pero amor, que no consiente
poner límite en sus reinos,
hizo que Efigencia, mi hija,

por Lelio perdiese el seso.
Fingió, pues, que mi Fulgencia
le amaba, su esposo muerto,
escribióle en nombre suyo,
dióle prendas, concluyendo
en que esta noche viniese
por ella, y al fin, ¡ay cielos!
creyendo que era mi esposa,
á Efigencia goza Lelio.
Si la justicia, ¡oh gran Dux,
Senado ilustré! es espejo
en que el juez se ha de mirar
para enmendar sus defectos,
dos cosas vengo á pedirlos,
si es que alcanzarlas merezco:
la primera, que se cumplan
palabras y juramentos
dadas por Lelio á Efigencia;
la segunda, que, pues vengo
á entregarme yo á mí mismo
y es el prometido precio
diez mil escudos por mí,
me quitéis la vida y luego
la pobreza de mi esposa
mandéis remediar con ellos;
acabarán con mi vida
las desgracias con que el cielo
me persigue, y daré nombre
á mi honroso atrevimiento.
DUQUE. A tan piadosa demanda,
pues licencia de vos tengo
para pedirlos mercedes,
sólo que perdonéis quiero
á Lisauro, invicto Dux.

ESCENA XXIV

Salen LELIO y MARCIO.—DICHOS.

LELIO. Marcio, tan alegre vengo
del engaño de Efigencia,
que, enamorado de nuevo,
por esposa he de pedirla
á mi padre.
DUX. ¿Qué es aquesto?
LELIO. Señor: si de tu valor,
nobleza, piedad y celo
vuela la ligera fama
por uno y otro hemisferio,
muestra perdonar injurias
la nobleza de tu pecho.
Efigencia de Lisauro,
el que mató á Filiberto,
con tu licencia es mi esposa.
DUQUE. Señor: por él intercedo.
DUX. Si el cielo lo quiere así,
alto, yo también lo quiero;
á Lisauro doy perdón,
su hacienda y patria le vuelvo,
y á Efigencia, vuestra hija,
por hija desde hoy acepto.
DUQUE. Inmortalice tu nombre
la fama á pesar del tiempo.
LISAURO. Eres gloria de este siglo.
LELIO. De nobleza eres espejo
MARCIO. Lisauro está perdonado.

ESCENA XXV

Sale FULGENCIA.—DICHOS.

FULGENC. A los venturosos ecos
del perdón de mi Lisauro
ya á besarte los pies llevo.

ESCENA XXVI

Sale EFIGENCIA.—DICHOS.

EFIGENC. Y yo á pedirte perdón.
LISAURO. ¡Dulce esposa!
FULGENC. ¡Amado dueño!

ESCENA XXVII

Sale CANDADO.—DICHOS.

CANDAD. A gozar viene Candado,
entre tantos, un día bueno.
LISAURO. Con la mitad de mi hacienda,
pues cuanto tengo te debo
por leal y por constante.
CANDAD. Ya tus daños fenecieron.
LISAURO. A Honorato, desterrado,
habéis de alzar el destierro.
DUX. Ya no os puedo negar nada.
Vamos, Lisauro, y daremos
principio á vuestra ventura,
á vuestras penas consuelo.
LISAURO. Y fin, con vuestra licencia,
al *Honroso atrevimiento*.

HABLADME EN ENTRANDO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

DON PEDRO DE BUSTOS.
DON ALONSO.
DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.
JUANCHO, *vizcaino*.
DOÑA ANA HURTADO DE MENDOZA.
RODRIGO, *criado*.

DON LUIS HURTADO DE MENDOZA.
TORIBIA, *labradora*.
LUCÍA, *criada*.
MENDO, *viejo labrador*.
SANCHO, *su hijo*.
MÚSICOS.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen DON PEDRO DE BUSTOS y DON ALONSO, *su amigo*,
de noche, con MÚSICOS, *por una parte*, con un CRIADO
con una *escala*, y *por otra* DON DIEGO HURTADO DE
MENDOZA, *de camino*, con *botas y espuelas*, y JUAN-
CHO, *vizcaino*, *cargado con el cojin y la maleta en*
la cabeza, *ridículamente vestido*. Arrimanse á una
parte, y mientras cantan *vayan paseando el ta-*
blado DON PEDRO y DON ALONSO.

MÚSICOS. (Cantan.) «Si no velaran mis ojos
no celebrarían las dichas
de los que durmiendo matan,
de los que matando hechizan.
Si no durmieran los tuyos,
glorificarían su vista
los palpitantes despojos
de las más seguras vidas.
¡Ay, ay, qué desdicha!
A quien mira su alma, deja sin vida.»

ALONSO. ¡Extraño recogimiento!
PEDRO. ¡Doña Ana, doña Ana!
DIEGO. Avisa,
Juancho, al mozo que las mulas
aleje donde, escondidas,
aguarden, y vente luego.
JUANCHO. ¿No las asas y las pringas;
aún no llegas, ya las tienes
currucamientos?
DIEGO. Ves aprisa

JUANCHO. ¿Tienes gana de comer?
¿Cómo no las necesitas?
Juancho, matas holandeses
y ya que piensas venías
juras á Dios á matar
holandeses del Barriga.
¿Cantadorean detienen?
¡Al diablo les das venidal! (Vase.)

ESCENA II

DICHOS, menos JUANCHO.

DIEGO. Ya que nos trujo la suerte
cuanto piadosa propicia
en tan dichosa ocasión,
encubramos esta esquina
hasta ver de estos galanes
el intento.

ALONSO. ¿Qué? ¿porfía
la doncelleja?

PEDRO. Es de suerte,
que regalos y caricias,
dádivas que son de amor
la mayor artillería,
pasando necesidades,
no han bastado á persuadirla
á que le niegue al honor
lo que su sangre le dicta.
Vengo resuelto...

DIEGO. Esto es malo. (Ap.)

PEDRO. A escalar...

DIEGO. Función indigna
de un pecho hidalgo.

PEDRO. Su casa,